

**ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN**  
**EN EL PENSAMIENTO DE LEONARDO POLO**  
**Miguel Alfonso Martínez Echevarría**

***La importancia de la producción***

Para entender lo que Polo piensa acerca de la economía es conveniente revisar, ya sea brevemente, el enfoque dinámico y libre que hace de la acción humana.

Desde su perspectiva la vida del hombre no se explica por adaptación al entorno, como sucede con los otros seres vivos, sino por su "capacidad de producir, de construir instrumentos" (E45). A diferencia de éstos, el hombre no está inserto en la naturaleza sino que produce, es decir, establece el ámbito en el que lleva adelante su vida, lo que llamamos el mundo, algo que el hombre pone a partir de la naturaleza.

Sostiene Polo que "causar y producir no son lo mismo" (RL13) ya que el "producto no es simple efecto" (RL13). "El hombre produce mucho más de lo que necesita y produce no solo en atención a la necesidad" (RL14). En ese sentido, se podría decir que los deseos están más allá de la necesidad; el hombre es un "animal lujoso", que no se limita a lo necesario. La producción supone la aparición de la novedad, lo cual quiere decir que el hombre no es un ser acabado, ajustado a su entorno, "sino un ser que a través de su propio despliegue operativo logra cosas que antes no existían, ni en él, ni fuera de él" (RL14). "En el proceso productivo humano tiene lugar lo inesperado" (RL15). Asimismo, la producción supone conocimiento. "Si el alma puede hacer todas las cosas, el conocimiento no tiene carácter causal, porque si fuera causal no podría conocer más que lo que procede de él" (RL15).

Se hace entonces patente que el hombre produce porque tiene espíritu. Por eso, como hemos dicho, mientras los otros animales tienen necesidades,

requerimientos vitales perfectamente establecidos por su adaptación al entorno, el hombre tiene deseos, necesidades abiertas e indefinidas. Aunque los deseos humanos tienen una raíz común en lo animal, no son establecidos por la adaptación, sino que están mediados por la razón, van más allá de las necesidades. Los animales no buscan la utilidad, sino que se adaptan pasivamente a los cambios de su entorno. La utilidad supone el uso de la razón, requiere interpretación y superación de lo meramente natural.

El hombre se mueve en el mundo, en el ámbito creado por el libre juego de la naturaleza y la razón; y esto se manifiesta en la apertura que tiene al espíritu de su propia corporalidad. El cuerpo del animal está perfectamente adaptado a las condiciones del nicho en el que vive, está cerrado y acabado. El cuerpo del hombre, por el contrario, necesita ampliarse en el mundo.

Las manos, conexión del cerebro con el mundo, son expresión de que el cuerpo humano no corresponde al de un individuo encerrado sobre sí mismo, como lo es un animal, que por eso es autosuficiente y no sabe de los medios. La corporalidad humana expresa y hace posible esa dimensión social comunicativa que le es imprescindible. Es a través de esa corporalidad como el hombre produce —que es el modo de manifestarse a sí mismo y a los demás— dando lugar, entre todos, al mundo. En efecto, la mano pone de manifiesto que el hombre está hecho para vivir en el mundo y no en la naturaleza. Como dice Polo, el mundo está constituido por un plexo de instrumentos, prolongación de la mano, instrumento de instrumentos.

Por lo tanto, bajo cierto aspecto, el mundo es prolongación de la corporalidad humana, manifestación de la libertad de su espíritu, de su capacidad de producir y descubrir la verdad. Los campos cultivados, las acequias, las redes de carreteras, las redes de telecomunicación, las escuelas, las bibliotecas, las técnicas, los gobiernos, las iglesias, los hogares, etc. constituyen algo así como una ampliación en común de esa corporalidad espiritual que es propia del hombre.

El mundo es, por un lado, subjetivo, propio de cada hombre, que lo ve desde su propia perspectiva, pero al mismo tiempo es objetivo. Eso explica

que nunca esté perfectamente definido, sin dejar de ser un ámbito de vida en común. En ese sentido, la unidad del mundo la pone la intimidad de cada hombre, a partir de su relación con los demás, y todas las cosas naturales y artificiales. Lo cual, aunque parezca paradójico, no es posible sin lo interpersonal: la búsqueda en común de lo bueno y lo mejor.

Entender y dar unidad al mundo es el gran tema de la ética: ¿cómo el hombre conforma y logra dar unidad y orden a lo que hace, al mundo en que vive? Si la acción humana tiene una dimensión hacia dentro –que modifica al sujeto– y una dimensión hacia fuera –que produce el mundo– ¿cómo es posible producir sin desordenar, sin destruir o dañar al sujeto de esa producción?

### ***Ética, gobierno y producción***

Polo concede gran importancia a la producción, actividad propia e inseparable del hombre. En su opinión la ética es la única "ciencia que considera a la acción productiva entera" (E195). Es una pena que no explique con más detalle que entiende por eso que llama "acción productiva entera"; en mi opinión, sería aquel tipo de producción que no estropea la dimensión interior de la acción humana.

En cualquier caso, no es muy preciso a la hora de definir la producción. En ocasiones, la entiende de modo mecanicista, por ejemplo cuando afirma que "la producción es la acción considerada en su directa y dominante, y por tanto, despótica conexión con los procesos" (E190). En otras ocasiones distingue "la acción de gobierno de la acción productiva" (E190), lo que lleva a pensar que distingue entre una producción imperfecta, o separada del gobierno, y la producción entera. En cualquier caso, insiste en que la acción productiva no es posible sin la acción de gobierno (E195).

Tampoco está claro si distingue suficientemente entre producción y fabricación. En sentido propio producir es, desde mi punto de vista, crear valor, una acción abierta a la perfección propia y de los demás.

Necesariamente requiere el uso de la palabra, el gobierno, por lo que estrictamente no puede ser despótica. Fabricar, sin embargo, es el proceso de transformación de la materia, algo ciertamente despótico, más propio de la objetividad de la máquina que de la subjetividad humana.

Unas veces dice que "aunque la actividad productiva es distinta de la directiva, es menester entenderla sin dissociarla" (AAD13), lo que no deja claro si es posible una verdadera producción separada del gobierno, mientras que por otro lado afirma que "la anulación de la dirección comporta el hundimiento de la eficacia productiva" (AAD 14), con lo que confirma que no pueda haber producción en sentido propio, que no sea ordenada, que no suponga dirección.

El objeto de la ética –para Polo– integra lo externo en lo interno y otorga lo interior a lo exterior, de acuerdo con lo cual se forja, como digo, lo humano (E17); un saber sobre el modo de lograr una vida plenamente humana, cosa que no es posible sin el mundo y su modo de producirlo.

### ***Economía y producción en la modernidad***

Considera Polo que "la economía es un cierto modo de estudiar el actuar humano" (E18), algo que precisa un poco más al afirmar que "el estudio de la racionalidad de la producción está bastante desarrollado (al igual que el de la tecnología correspondiente) y corre a cargo de una ciencia especial, la economía" (E189). Un aparente elogio que parece desmentir cuando, a continuación, añade que "algunas de cuyas averiguaciones son acertadas, aunque las leyes descubiertas son de carácter condicional y no muchas. El núcleo teórico de la economía es muy escueto, aunque se contenga en grandes libros y se acuda a desarrollos matemáticos" (E189). Todo parece indicar que para Polo el objeto de la ciencia económica es la racionalidad de la producción, que, desde luego, no es la producción en el sentido pleno, del que hemos hablado, sino de lo que podríamos llamar producción impropia, o proceso de fabricación.

Desde mi punto de vista, la economía moderna surgió del intento de los economistas del siglo XVIII por indagar sobre la posibilidad de un modo de producir el mundo que se gobernara a sí mismo, que no estuviera sometido a la ética. Opino que algo parecido es lo que quiere decir Polo cuando afirma que el radical moderno consiste en no enfocar la acción desde su propia dinámica sino desde el punto de vista del resultado. Es decir, enfocar la producción del mundo como si se tratara de la fabricación de un sistema externo y cerrado, sometido a una legalidad autónoma, universal y fija, independiente de la interioridad de la acción humana.

El problema es que si se entiende como fabricación, la producción se estanca, no puede ir más allá de los límites de la naturaleza. Esto es debido a que su componente esencial, la innovación, desaparece, y todo queda reducido al principio pasivo de adaptación al medio. De ese modo, la idea misma del progreso (E46) se empobrece.

Eso explica que la ciencia económica moderna (E18) sea una técnica de evaluación comparativa –desde el punto de vista de la eficiencia– de distintas posibilidades de asignación de un todo que se supone ya producido; lo cual tiene el grave inconveniente de que ese criterio de asignación solo puede ser impuesto desde fuera y *a priori*, pues los fines no están al alcance de ese modo de entender la economía.

Pretender "un orden sin diseño parece una hipostación imaginativa no justificada" (E19). Eso es precisamente lo que representa la hipótesis de "la mano invisible" que aparece en la génesis misma de la economía moderna. Además, como ese diseño es dinámico e innovador –esencia misma de la producción– resulta que el enfoque de los economistas ilustrados deja fuera el concepto de valor, pues como muy bien señala Polo "sin producción, no existe" (E19), suponiendo que se refiere a lo que él mismo llama "producción entera" o plena.

Más aún, dar el mundo por producido, supone dejarlo sometido a una legalidad autónoma y fija, o, lo que es lo mismo, negar a la vida humana su radical libertad. En tal caso, el hombre, como los animales, se limita a

adaptarse a un medio impuesto que no controla. Dicho de otro modo, el hombre queda reducido a la condición de individuo. Como muy bien señala Polo, se trata de "un supuesto estático, que deja fuera la constitución del proceso de constitución del ser humano y, por tanto, la organización creciente de sus facultades superiores. Al centrar la atención en la idea de orden sin diseño, este estatuto no se investiga" (E20).

Esa renuncia a la producción en su sentido entero o pleno, era algo inevitable si, como pretendían los primeros economistas modernos, se quería asegurar que en lo sucesivo la producción del mundo fuera un proceso perfectamente previsible o controlable. De ese modo, el centro de atención de la economía moderna pasaba a ser el mercado, el intercambio de bienes ya producidos, entre individuos también producidos; un intercambio que solo puede ser llevado a cabo en condiciones de adaptación a un equilibrio autónomo externo total y objetivo.

Puede decirse entonces que la economía moderna surge de la posibilidad de plantear la producción como algo meramente externo al hombre, sin relación con sus virtudes ni creencias, ni conexión con lo más hondo de la acción humana. Lo cual, de hecho, supone la eliminación de la ética, ya que ésta no es posible sin el sentido pleno de la producción.

Tras el fracaso de la Revolución francesa sería Hegel quien, al sostener que el absoluto es el resultado, intentaría volver a unir la producción con la ética, una actitud que Polo alaba en cuanto supone reconocer que el hombre no es entendible sin su capacidad de producir el mundo, y él mismo, algo que la antigüedad no había visto con tanta claridad (RL11).

El problema es que para Hegel, como para Kant, lo central no es la producción sino el resultado. Para ambos "lo humano está condensado en el producto, lo humano no es algo antecedente, no es una naturaleza, lo humano es lo producido, lo terminal, el resultado" (RL12). Este modo de concebir lo humano pone de manifiesto que ambos siguen manteniendo la concepción externa de la producción, que desde sus inicios buscó la modernidad, y que conduce como consecuencia a que "el hombre es

susceptible de un estado de miseria absoluta" (RL12), "el hombre considerado a priori está vacío" (RL12), "surge la idea de que la libertad es indeterminación":

En definitiva, si la producción solo se contempla desde el resultado externo, y no desde la acción interna, "la antecendencia humana es puro necesitar, la pura indeterminación" (RL16)

El problema es que desde su pura externalidad la producción queda fracturada, y se hace imposible ordenarla, pues su resultado se vuelve cada vez más complejo. Además, ante lo inédito, lo inesperado, no se sabe como actuar, pues parece claro que ordenar la producción no se logra desde dentro de la misma producción. Todo ello hace patente que "el resultado solo es verdadero si es coherente" (RL18), que "es evidente que no basta con que el hombre produzca, sino que tiene que gestionar su propio producir" (RL18).

### ***La producción de la ciudad y la filosofía griega***

Tanto Platón como Aristóteles tuvieron conciencia de que la aparición de la ciudad, que alcanzó su esplendor en la Grecia de su tiempo, tenía que ver con la capacidad del hombre de producir su propio mundo. Se sintieron interrogados por el sentido de la producción, y por tanto de la misma acción humana. Un tema que no resulta fácil de entender desde dentro de la filosofía.

Cuando produce, movido por sus deseos, el hombre desordena lo que previamente estaba ordenado, con lo que de algún modo siempre está empezando; ¿tenía esto algún sentido?

La filosofía griega no fue capaz de dar respuesta a esa pregunta. Una incapacidad que según Polo es atribuible a que la historia de suyo es inactual (IF194), por lo que la razón humana no tiene capacidad de organizar el tiempo, de descubrir el orden del tiempo. La filosofía no puede hacerse cargo de la historia porque no hay modo de conocer su fin. Eso explica que los griegos no llegaran a entender la producción.

El gran descubrimiento de la filosofía griega fue la centralidad del acto, lo cual llevó un cierto desprecio de lo temporal, de la producción. Como muy bien señala Polo, "los griegos descubrieron la actualidad, pero de ahí no pasaron" (RL39). "Si lo radical es lo actual, el tiempo es lo efímero y por eso el movimiento, cuya medida es el tiempo, es un acto imperfecto" (RL52). Para el griego todo lo que sea producir o éxito en la vida es *hybris*. Como en aparente paradoja sugiere Polo "el griego en definitiva es incapaz de entenderse a sí mismo como acción ... no sabe lo que es trabajar" (Yo69).

No cabe duda de que para Platón la producción constituía un enigma, algo desconcertante. Consideraba que la actividad más alta del hombre, la que tiene el fin en sí mismo, es la contemplación. Solo tiene sentido atender a lo que es plenamente y de modo necesario, a lo perfecto en sí mismo. No parece digno del hombre producir, dedicarse a lo que no tiene el fin en sí mismo, a lo que tiene el ser de modo defectivo, que lo que nunca llega a ser plenamente, a lo que es como una sombra de lo real. Eso le llevaría a no entender lo más hondo de la corporalidad humana, y atribuirle ser la causante de los deseos incesantes, que llevan a la producción e impiden la contemplación, única actividad digna del hombre.

Platón se plantea entonces la posibilidad de una ciudad ya producida, un mundo ordenado, que fuese inalterable frente al fluir del tiempo. No obstante, esto supone que los deseos humanos han de permanecer como estancados y que la ciudad debía ser considerada como un organismo, al que corresponde un tamaño natural y limitado, término de su crecimiento. De este modo, la producción quedaba sustituida por la causación. Ahora bien, como el mismo Platón se daba cuenta, si los deseos humanos quedan fijados, se convierten entonces en necesidades, dando lugar a lo que él mismo llama, en *La República*, la "ciudad de los cerdos".

El recurso al organicismo, como sucede en el caso de Platón, sustancializa el orden de la ciudad, lo cual es muy difícil de sostener ya que, como señala Polo, "el orden político es más que orgánico" (Yo103). Entender la ciudad como un organismo, como "el gran individuo significa orden total ...

no existe hipostáticamente; la sociedad no es real como sustancia, dice Tomás de Aquino. El orden total existe como orden, no como sustancia" (Yo103).

La familia era –para Platón– algo natural y orgánico, consideraba que sus necesidades venían establecidas por adaptación al medio. Conviene recordar que en aquellos tiempos las familias, normalmente extensas, se autoabastecían de modo parecido a como lo hacían otras especies animales. Eso explica que Platón intentase plantear la ciudad como una gran familia, donde la producción estaba limitada a unas necesidades concretas y bien conocidas. Por ese motivo, propuso la desaparición de la propiedad, que impedía que todas las familias fueran una sola. Es interesante observar que, por lo general, todo intento de eliminar la producción conlleva el de eliminar también la propiedad, y con ella, la identidad familiar.

La propuesta platónica de sustituir la producción por la causación, supone que la ordenación en acto –lo que propiamente se llama orden– quedaba sustituida por la ordenación como resultado; un cambio de lo diacrónico por lo sincrónico, de lo dinámico por lo estático, que explica la dificultad de los griegos para entender la familia, la propiedad y el trabajo.

En el seno de un organismo, ciertamente no hay trabajo, solo labor, entendida como la realización de un ciclo fisiológico perfectamente establecido que permite la estabilidad del sistema en relación a su medio. Si para evitar la producción el trabajo se confunde con la labor, se entiende que se le considere como algo más propio de los animales que del hombre.

El enfoque que Aristóteles hace de la producción de la ciudad es más matizado que el de Platón, pero no muy distinto. La gran aportación de Aristóteles fue la distinción entre potencia y acto, imprescindible para entender el sentido de la vida humana (RL44). El hombre no es pura temporalidad, puro movimiento, sino acto: conocimiento. Si de algún modo el hombre puede llegar a hacerse todas las cosas, es porque está en acto.

Se podría decir que el hombre está como dormido, y mediante el acto se va despertando, y puede llegar a ser lo que de algún modo está como dormido en su potencia. "El hombre está en sus propias manos y nadie puede

sustituir su propia iniciativa y esa es la libertad en el sentido clásico" (RL50). En cualquier caso, la potencia no debe ser entendida como pura indeterminación, sino como algo que necesita ser actualizado.

Desde el principio, con anterioridad a la producción, el hombre, aunque no esté todo él despierto ni sea lo que puede llegar a ser, ya es, no es pura vaciedad. Para irse despertando tiene que actuar, pensar, con el concurso de su cuerpo, es decir, en interacción con el mundo, que es lo que llamamos trabajar y producir. Vivir para el hombre es entonces despertar, pensar y trabajar, poner en acto todas sus capacidades o potencias. El hombre vive y se goza en sus actos que le hacen ser más plenamente, estar más vivo, más despierto.

El hombre vive en sus actos. "Lo conocido no es término del conocer" (RL48) y del mismo modo se puede decir que lo producido no es el término de la producción. El hombre "produce según sus actos, y si no, no produce" (RL48). El valor del acto no se posterga a su resultado, el acto satisface de suyo, por eso va más allá de colmar deseos.

"Los actos del hombre repercuten sobre la naturaleza del hombre" (RL50) que es lo que está detrás de la noción de vicio y de virtud, de hábito en general. Para beneficiarse del acto no hay que esperar al producto. No obstante el hombre se despierta y actúa pensando, resolviendo problemas, luego tampoco sin producir puede adquirir hábitos.

Aristóteles reconoce la imposibilidad de prescindir de la producción, pues tenía claro que la ciudad no era posible sin el intercambio y la división del trabajo, que son como las dos caras de la producción; no obstante desconfía de ella, la considera una pretensión excesiva (RL37). Ante el enigma del futuro no propone intentar dominar el tiempo, controlar o preveer el resultado mediante la técnica, como harían luego los modernos, sino recurrir a la prudencia.

"Si no fuera así, nadie podría producir más que para sí mismo, pero es evidente que los productos humanos tienen un valor social, público, y eso quiere decir que el valor humano depositado ahí es reconocible por otro ser

humano y por eso se puede intercambiar" (RL53). "La misma economía como sistema de intercambio entre trabajadores especializados sería imposible si los productos humanos solo fueran válidos para su autor. Por tanto, la economía no es un coto marginal a la ética y la distinción entre el *agere* y el *facere* no es tan neta" (RL53). "Es claro que el hombre no puede preocuparse de los demás si no tuviera productos" (RL53).

Su propuesta no fue estancar la producción, como propuso Platón, sino dejarla en mano de los comerciantes, que por eso mismo quedaban incapacitados para el gobierno de la ciudad. De ese modo dejaba a la producción sin gobierno, lo cual, como no se tardaría en comprobar, constituía una amenaza para ese mismo modo de entender la ciudad.

En ese sentido, Aristóteles "se contenta con un objetivo a corto, no acierta a ser suficientemente consciente para saber que es solo conciencia en infinita distancia con el Absoluto. Por eso es una conciencia que se olvida que es un yo y se plasma en las instituciones, se extraña en ellas porque se contenta con ellas" (Yo 69).

Los griegos no fueron conscientes de "que producir es un acto" (RL53), luego la producción no está cerrada necesariamente a la perfección del hombre, al desarrollo de virtudes. Eso les llevó a establecer una separación muy drástica entre *praxis* y *poiesis*. Desde el criterio de actualidad la producción no se entiende, que es precisamente lo que les pasa a los griegos.

La propuesta de Aristóteles fue que los ciudadanos, los que viven una vida buena, no podían dedicarse a la producción, sino al gobierno. Para ser ciudadano había que ser libre, disponer de esclavos, que se encargaran de proporcionarles los medios de vida, un tipo de actividad –labor– que no podían ejercer de modo productivo, para que los ciudadanos fueran dueños de sus propios actos, dedicándose a actividades que tuviesen el fin en sí mismas.

La perfección de la *polis* requiere que todos tuviesen el mismo carácter, que se identifiquen con el único fin posible, el que permite una vida humana excelente. Tener fines particulares era lo propio de esclavos y comerciantes.

La ciudad solo podía ser totalitaria, exigía la identificación completa con sus fines, la única identidad que pueden tener los ciudadanos.

En la *polis* la vida humana solo tenía sentido en términos de colectividad. La conciencia del yo, núcleo de la individualidad moderna ni tan siquiera se plantea (Yo68): el ciudadano de la *polis* no tiene conciencia de un yo, sino de pertenencia a la *polis*. Lo más alto a lo que puede aspirar un griego es a vivir plenamente la religión pública, vivir y morir por su ciudad, único modo de vida humana. Religión y política coinciden.

Aristóteles admite la crematística natural, la ligada a los procesos naturales que tienen límite. No se da cuenta de que eso implica contradicción. Hay producción en cuanto el proceso natural de causación es conocido como tal por el hombre. El árbol causa su fruto, consecuencia de su dinámica vital, pero es solo desde el punto de vista humano que el árbol produce un fruto, ya que lo sitúa en el plano del conocimiento, muy superior al natural. Descubrir el uso, la utilidad, directa e indirecta de una cosa natural, es producirlo, situarlo en el plano de lo humano, que por principio es abierto e ilimitado.

En cuanto que abierta, sin límites bien precisados, la producción no es natural, carente de fin o de sentido, sin posibilidad de perfección. Debe ser por tanto expulsada de la ciudad.

### ***La producción en la antropología cristiana***

Ese desear incesante del espíritu humano, que Platón pretendía frenar, es lo que los autores medievales van a llamar voluntad nativa (*voluntas ut natura*) determinada a algo único, la felicidad, absolutamente imposible de cambiar o suprimir, frente a la cual no cabe elección.

La voluntad nativa es pura potencia, relación trascendental. "El espíritu humano está hecho de tal manera que solo puede tender a la felicidad, pero solo lo hace efectivamente cuando toma contacto con la razón: la razón le dará información de lo que la hace feliz, y a eso irá" (E134).

Para Polo la producción, el operar del conocimiento en el logro de los deseos, pone en marcha la voluntad nativa, que de ese modo va descubriendo en qué puede consistir eso que le atrae, aunque desconoce, que llamamos felicidad. En ese sentido negar la producción, intentar frenar los deseos, es desconocer la realidad del hombre.

"Aquello que finaliza la tendencia es el puro bien. El bien se caracteriza como aquello que se corresponde con la voluntad desde el punto de vista final. La voluntad es, por tanto, la correspondencia en nosotros con el bien" (E135). "Al activarse la tendencia en virtud del conocimiento *-voluntas ut ratio-*, aspira a los bienes conocidos. Pero con ello no se satura la voluntad nativa que, al ser bien trascendental, se corresponde con el bien absoluto" (E135). Ahora bien "nuestro conocimiento del bien es, de entrada, no suficiente. Es preciso que dicho conocimiento crezca" (E136). Dicho de otro modo, el hombre tiene que producir para tender a la felicidad, que es su fin, para lo cual tiene que aprender a ordenar sus deseos para sí y para los otros.

Si la voluntad nativa es entendida como potencia capaz de Dios, quedaba superado el desprecio que los griegos habían hecho a las posibilidades humanas, de modo especial en todo lo referente a la corporalidad. El trabajo y la producción aparecían entonces como camino para la mejora del mundo y del propio hombre.

Desde la antropología cristiana la producción adquiere sentido, es donde el hombre ejercita su libertad. El hombre produce porque es libre, porque no está sometido a la necesidad de la causalidad natural. En ese sentido la producción, no existe realmente, no es una sustancia, sino que puede ser de muchas maneras, dependiendo de lo realizado hasta entonces.

El hombre ordena, destina y asigna, al mismo tiempo que él mismo se ordena y se destina. Continuamente se le abren posibilidades de orden, nuevos horizontes, pero solo tiene sentido recorrerlos si le llevan hacia su fin. Por eso producir es convivir, ordenar con otros y para otros, una tarea inacabable, que lleva a enfrentarse con alternativas que no se conocen hasta

sus últimas consecuencias. Ese intentar ordenar entre todos es lo que se llama bien común, tarea que no es posible sin la colaboración de todos.

Eso quiere decir entender el hombre como persona, como don de Dios, alguien que depende nominativamente de Dios, al que naturalmente tiende. Ese don le permite conocer, trabajar, producir un mundo, con el que manifestar la gloria de Dios. Alguien que ha sido llamado a cultivar y dominar la tierra, que es hacerla partícipe de la gloria y libertad de los hijos de Dios. Esto es lo que, en mi opinión, señala Polo cuando define al hombre como el ordenador que se ordena, es decir alguien que mediante su trabajo continuamente apunta a la fuente del orden, a la gloria de su Creador (Yo 87).

Mediante la producción, la voluntad, que por sí misma no conoce lo que es la felicidad, tiene que ir descubriéndolo a partir de los bienes finitos que la razón le ofrece (E137). De ese modo descubre que los bienes finitos no satisfacen plena y definitivamente los deseos humanos. Si lo hicieran, no tendría deseos sino necesidades. Es precisamente esa incapacidad de los bienes finitos para satisfacer plenamente la voluntad humana lo que impulsa la producción, lo que lleva a la aparición de nuevos bienes que, sin dejar de ser finitos, presentan otras dimensiones que los anteriores no tendrían. Luego, si el hombre no tuviera un deseo de un bien infinito no tendría la posibilidad de llevar adelante esa multiplicación de los bienes finitos que dan lugar a la producción.

La producción, o mejor dicho su resultado: la colección de bienes finitos que constituyen nuestro mundo puede llevar hacia Dios, o hacia la idolatría; a la mejora o a la destrucción de la misma acción productiva. En cualquier caso, siempre cabe un avance desde los bienes finitos hacia los infinitos, desde los bienes externos hacia los internos, que es el camino de las virtudes, de la perfección en los deseos, que hace la producción ordenada y sostenible.

No obstante, también cabe la posibilidad de confundir lo finito con lo infinito, pensar que el destino del hombre es la acumulación incesante de bienes finitos, lo que desata un tipo de producción que se pone como finalidad en ella misma, e impide la apertura al bien infinito. Pero además, en ese caso

se genera un conflicto social cada vez más agudo pues ese tipo de producción se hace cada vez más inviable, lleva al agotamiento de la naturaleza, y al fracaso de lo humano.

El remedio a ese tipo de situación, como ya lo intentaron los revolucionarios, solo puede ser extrasocial, es decir, impuesto desde una instancia no social (NIR156). Surge así un orden que solo puede atender a las tenencias externas, que solo puede ser económico, en el sentido moderno del término. “El Estado asume la fuerza del hombre encauzándola –de otra manera sería una ficción– hacia la economía” (NIR157) - “El Estado se considera a sí mismo como un factor extrasocial. La sociedad está organizada desde fuera” (NIR157). “El Estado para la modernidad comparece como lo estable, lo estabilizante: de este modo la verdadera productividad social, que sobre todo se desenvuelve en el plano de las virtudes, es neutralizada a lo largo del siglo XVII y del siglo XVIII. La sociedad ha de ser siempre igual, puesto que está organizada desde fuera con una fórmula única” (NIR158).

### **Bibliografía (y abreviaciones)**

- (AAA) *Antropología de la Acción Directiva*. Unión Editorial. Madrid. 1997.
- (E) *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*. Unión Editorial. Madrid. 1996.
- (IF) *Introducción a la Filosofía*. EUNSA. Pamplona. 1995.
- (NIR) *Nominalismo, idealismo y realismo*. EUNSA. Pamplona 1997.
- (RL) *Lo radical y la libertad*. Cuadernos de Anuario Filosófico 179. Pamplona. 2005.
- (Yo) *El yo*. Cuadernos de Anuario Filosófico 170. Pamplona. 2004.